



## Editorial

# Doscientos años de independencia

*Two hundred years of independence*

Róger Martínez Miralda<sup>1</sup>

*Secretario General, Universidad Tecnológica Centroamericana (UNITEC), Tegucigalpa, Honduras*



La emergencia sanitaria, la estela destructora de Iota y Eta y la permanente crisis política en la que vivimos los hondureños, no ha permitido que consideremos con serenidad, y con profundidad, la importancia que reviste para Honduras, la conmemoración, y consecuente celebración, del bicentenario de la emancipación de la Centro América histórica, desde Chiapas hasta Costa Rica, del dominio español.

Si bien es cierto, tal y como lo afirmara, en más de una ocasión, don José Cecilio del Valle, estos territorios no estaban suficientemente maduros para autogobernarse; porque el sistema educativo era incipiente, porque las comunicaciones presentaban muchos retos y porque el panorama económico no era muy alentador, también es cierto que la autogestión generaría un mayor sentido de pertenencia y que la conciencia de soberanía permitiría un mayor compromiso con el desarrollo local y un aprovechamiento interno de los propios recursos.

Como sabemos, el proceso de independencia de Centro América no fue tan sangriento ni traumático como en aquellas naciones en las que hubo auténticas “guerras de independencia”, pero no por eso estuvo exento de tensiones y conflictos, tanto intestinos como con la metrópoli. Además, cierta incapacidad para la adecuada gobernanza nos llevó, primero, a anexionarnos a México, casi inmediatamente de haber roto con España, y, luego, a una rápida desintegración como estado unificado.

A lo largo de estos doscientos años que nos separan de aquel 15 de septiembre de 1821, no han faltado intentos unionistas fallidos, tanto por falta de voluntad política como por intereses particulares de individuos y de grupos de poder que han obtenido beneficios de distinta índole en cada una de las parcelas. Ha habido, incluso, momentos álgidos, en los que se han dado enfrentamientos armados por asuntos de

delimitación territorial, en unas fronteras imprecisas, desde la época colonial, y que han debido ser definidas por medio de arbitraje internacional.

Lo apuntado puede servirnos para considerar qué es lo que vamos a celebrar antes, durante y después del 15 de septiembre del año en curso.

Pienso que podemos, y debemos, celebrar el nacimiento de una identidad hondureña; el inicio de la definición de un perfil cultural diferenciado del resto de los países de la región y del istmo; la conformación de una nacionalidad que, aunque procedente de una cepa común, ha sabido construirse con suficiente precisión.

El sentido, la conciencia, de la hondureñidad, debe ser un catalizador para enfrentar de manera solidaria los obstáculos que las fuerzas de la naturaleza o los oscuros, o no siempre manifiestos intereses, de personas y de grupos, significan para la consecución de un país más equitativo y con oportunidades de desarrollo integral para todos.

Este bicentenario debe servir para reconocer que el camino por recorrer es arduo y exige más esfuerzo y menos discursos o líricas intenciones. Este bicentenario debe servir para reconocer el pasado y tomar la firme decisión de no repetir los errores que han lastrado el progreso y que nos tienen en un estado de postración del que no saldremos si no cambiamos de actitud.

<sup>1</sup> Autor correspondiente: [roger.martinez@unitec.edu.hn](mailto:roger.martinez@unitec.edu.hn), Universidad Tecnológica Centroamericana (UNITEC), Campus Tegucigalpa